La Biblia es el libro más conocido, difundido y leído de la historia. Millones de personas la consideran la Palabra de Dios, la estudian, la predican y encuentran en sus páginas el fundamento de su fe. Sin embargo, existe una pregunta histórica que no siempre recibe la atención que merece: **¿cómo llegó la Biblia a tener los libros que conocemos, quién reconoció su canon, quién preservó sus textos y quién hizo posible que llegara hasta nosotros?**

Cuando se examina la historia con rigor, aparece una realidad que merece ser conocida: la Iglesia católica desempeñó un papel decisivo en la conservación, transmisión, reconocimiento y difusión de las Sagradas Escrituras.

El papa san Dámaso I, san Jerónimo, Stephen Langton y Johannes Gutenberg son cuatro nombres fundamentales en esta historia. Sus contribuciones fueron diferentes, tuvieron lugar en épocas distintas y no deben confundirse, pero todos pertenecen a la historia de la civilización cristiana occidental.

Hay, además, una afirmación que conviene comprender correctamente: decir que **la Biblia es 100 % católica** no significa que la Iglesia haya escrito personalmente todos sus libros ni que otras comunidades cristianas no puedan leerla. Significa que la Biblia, tal como la recibió y transmitió la Iglesia católica, tiene una historia inseparable de la fe, la Tradición y la autoridad de la Iglesia.

Porque antes de que la Biblia se convirtiera en un libro impreso al alcance de millones de personas, fue una colección de escritos sagrados custodiada, proclamada, estudiada y transmitida durante siglos por el pueblo de Dios y, después, por la Iglesia de Cristo.

## 1. La Biblia no apareció completa: primero existió la Iglesia

Para comprender la relación entre la Biblia y la Iglesia católica debemos retroceder hasta los primeros siglos del cristianismo.

Los libros que hoy componen la Biblia no fueron escritos todos al mismo tiempo, ni por un único autor, ni reunidos originalmente en un solo volumen.

El Antiguo Testamento recoge la historia de la Antigua Alianza, la Ley, los profetas, los salmos y los escritos sapienciales del pueblo de Israel. El Nuevo Testamento contiene los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas apostólicas y el Apocalipsis.

Los primeros cristianos recibieron las Escrituras de Israel y, progresivamente, fueron reconociendo como inspirados los escritos apostólicos que daban testimonio de Jesucristo.

Los Evangelios no fueron redactados como capítulos de un libro que ya existía. Las cartas de san Pablo tampoco fueron concebidas inicialmente como secciones de un volumen denominado Nuevo Testamento. Eran escritos destinados a comunidades concretas, que posteriormente circularon por las iglesias y fueron reconocidos por su autoridad apostólica.

Esto nos lleva a una cuestión fundamental: **¿quién determinó qué escritos debían formar parte de la Biblia cristiana?**

La respuesta católica es clara: la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, reconoció los libros inspirados y discernió cuáles pertenecían al canon de las Sagradas Escrituras.

No debemos confundir reconocer con inventar. La Iglesia no convirtió unos escritos humanos en Palabra de Dios mediante una decisión administrativa. Los recibió como inspirados y reconoció su autoridad divina.

El Catecismo de la Iglesia Católica lo expresa en su número 120:

«Fue la Tradición apostólica la que hizo discernir a la Iglesia qué escritos debían ser contados en la lista de los Libros Santos».

Esta afirmación tiene una enorme importancia. La Iglesia no recibió una Biblia encuadernada que descendiera del cielo con un índice definitivo. Recibió la Revelación divina, transmitida mediante la Tradición apostólica y consignada también por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo.

**La Iglesia no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio.** La custodia, la interpreta fielmente y la transmite a todas las generaciones.

## 2. El canon bíblico: ¿por qué la Biblia católica tiene 73 libros?

Una de las diferencias más conocidas entre las Biblias católicas y las protestantes se encuentra en el número de libros del Antiguo Testamento.

La Biblia católica contiene:

- **46 libros del Antiguo Testamento.**
- **27 libros del Nuevo Testamento.**
- **73 libros en total.**

Muchas Biblias protestantes contienen 66 libros: mantienen los 27 del Nuevo Testamento, pero su Antiguo Testamento comprende 39 libros.

¿De dónde procede esta diferencia?

La cuestión se encuentra principalmente en los llamados libros deuterocanónicos, denominación utilizada por la tradición católica para referirse a aquellos libros cuya recepción como Escritura fue objeto de controversias históricas.

Son siete libros completos:

1. Tobías.
2. Judit.
3. Sabiduría.
4. Eclesiástico o Sirácida.
5. Baruc.
6. Primero de Macabeos.
7. Segundo de Macabeos.

A ellos se añaden determinadas secciones de Ester y Daniel que también forman parte del canon católico.

Estos escritos no fueron incorporados arbitrariamente en una época tardía. Formaban parte de la tradición bíblica griega, particularmente de la colección de los Setenta, conocida como Septuaginta, que tuvo una importancia considerable en el judaísmo de lengua griega y en el cristianismo primitivo.

La Septuaginta fue una traducción de las Escrituras hebreas al griego iniciada en el período anterior a Cristo. Su colección y transmisión textual presentan una historia compleja, pero tuvo una influencia extraordinaria en las primeras comunidades cristianas.

Los cristianos no recibieron únicamente una tradición textual hebrea. También utilizaron ampliamente las Escrituras en griego.

Esto ayuda a comprender por qué los libros deuterocanónicos tienen un lugar tan importante en la Biblia católica.

### ¿Qué ocurrió durante la Reforma protestante?

En el siglo XVI, los reformadores protestantes cuestionaron la autoridad canónica de estos libros.

Martín Lutero los mantuvo en su traducción alemana en una sección separada, bajo la denominación de libros apócrifos, aunque no les reconocía la misma autoridad que a los demás libros del Antiguo Testamento.

Otras tradiciones protestantes terminaron excluyéndolos de sus ediciones bíblicas.

La Iglesia católica, por su parte, reafirmó solemnemente el canon recibido en la Tradición.

El Concilio de Trento, en su cuarta sesión, celebrada el 8 de abril de 1546, promulgó solemnemente el catálogo de los libros sagrados, incluyendo los deuterocanónicos.

No se trataba de inventar una nueva Biblia, sino de definir dogmáticamente, frente a las controversias de la época, cuáles eran los libros que la Iglesia recibía como sagrados y canónicos.

El Catecismo actual recoge esa misma enseñanza en el número 120.

Por tanto, cuando un católico utiliza una Biblia de 73 libros, no está utilizando una versión ampliada por capricho. Está leyendo las Escrituras conforme al canon que la Iglesia ha reconocido y transmitido.

## 3. San Dámaso I: el Papa que impulsó una importante labor bíblica

SIGLO IV · ROMA. Uno de los personajes fundamentales de esta historia es el papa san Dámaso I, cuyo pontificado se extendió entre los años 366 y 384.

Durante su pontificado, la Iglesia afrontaba importantes desafíos doctrinales y pastorales. También existía una necesidad práctica: las comunidades cristianas de lengua latina utilizaban diferentes traducciones de las Escrituras, conocidas colectivamente como *Vetus Latina*.

Estas versiones no siempre coincidían entre sí y presentaban diferencias textuales.

En este contexto, el papa Dámaso encargó a san Jerónimo una revisión de los textos bíblicos latinos.

Conviene precisar un detalle histórico: **san Dámaso no compiló personalmente toda la Biblia ni fue el responsable directo de establecer por sí solo el canon de los 73 libros**. Su contribución más conocida en este ámbito fue impulsar la revisión de los textos latinos, especialmente de los Evangelios.

La relación entre ambos fue decisiva para la historia de la Biblia en Occidente.

El Papa comprendió la importancia de disponer de un texto latino más fiable para la vida litúrgica y eclesial. San Jerónimo, por su extraordinaria formación lingüística, era una persona especialmente adecuada para acometer semejante trabajo.

La historia de la Biblia occidental estaba a punto de experimentar una transformación decisiva.

## 4. San Jerónimo: el hombre que dedicó su vida a traducir las Sagradas Escrituras

SIGLOS IV-V · BETHLEHEM. Pocos personajes han tenido tanta influencia en la transmisión de la Biblia como san Jerónimo, nacido hacia el año 347 y fallecido en Belén en el año 420.

Fue sacerdote, erudito, traductor y uno de los grandes Padres de la Iglesia occidental.

Dominaba el latín, conocía profundamente el griego y estudió hebreo para acercarse a los textos originales del Antiguo Testamento.

Su trabajo fue extraordinario.

Inicialmente, por encargo del papa Dámaso, revisó los Evangelios latinos comparándolos con los textos griegos. Posteriormente, continuó su labor bíblica desde Belén.

Allí emprendió una tarea de enorme envergadura: traducir al latín los libros del Antiguo Testamento directamente desde el hebreo, en lugar de limitarse a reproducir las traducciones griegas existentes.

También revisó otros textos y trabajó con materiales procedentes de la tradición griega.

Su trabajo, junto con el de otros colaboradores y traductores, dio lugar al conjunto de textos latinos que acabaría conociéndose como la **Vulgata**.

Es importante precisar que la Vulgata no fue obra de un único traductor trabajando sobre todos los libros de principio a fin. Fue el resultado de un proceso de revisión, traducción y transmisión textual en el que san Jerónimo tuvo un protagonismo fundamental.

## ¿Por qué se llamó Vulgata?

La palabra *Vulgata* procede del latín *vulgata*, relacionada con aquello que se hace común o se divulga.

Su denominación medieval, *Versio vulgata*, hacía referencia a una versión de uso común.

La traducción de san Jerónimo terminó convirtiéndose en el texto bíblico de referencia para la Iglesia latina durante muchos siglos.

Su importancia fue tan grande que el Concilio de Trento, en 1546, declaró auténtica la edición latina de la Vulgata para su uso público en la Iglesia, sin pretender con ello negar el valor de los textos originales ni declarar que cada variante manuscrita de la Vulgata fuera irreformable.

La Iglesia reconocía así el valor de una tradición textual que había alimentado durante siglos la liturgia, la teología, la predicación y la espiritualidad cristianas.

San Jerónimo comprendió profundamente que el estudio de la Escritura exigía esfuerzo, conocimiento y amor a la verdad.

Su figura nos recuerda que traducir la Palabra de Dios no es una tarea meramente lingüística. Requiere conocimiento de las lenguas, atención al contexto, fidelidad al sentido y reverencia ante el misterio que se transmite.

La Iglesia celebra su memoria el 30 de septiembre y lo reconoce como Doctor de la Iglesia.

Su aportación fue tan extraordinaria que san Jerónimo permanece como uno de los grandes símbolos del amor católico por las Sagradas Escrituras.

La importancia de su obra ha sido recordada incluso en tiempos recientes. En 2020, el papa Francisco publicó la carta apostólica *Scripturae Sacrae Affectus*, con motivo del decimosexto centenario de la muerte del santo, destacando su dedicación al estudio y la traducción de la

Biblia.

## 5. Stephen Langton: el arzobispo católico que dividió la Biblia en capítulos

SIGLO XIII · INGLATERRA Y PARÍS

Otro nombre que merece ocupar un lugar destacado en esta historia es el de Stephen Langton (hacia 1150-1228), arzobispo de Canterbury y destacado teólogo de su época.

A él se atribuye tradicionalmente la introducción de la división en capítulos que utilizamos actualmente en nuestras Biblias.

Esta aportación puede parecer pequeña, pero cambió profundamente la manera de consultar, estudiar y enseñar las Sagradas Escrituras.

Antes de que existiera el sistema moderno de capítulos, los manuscritos bíblicos presentaban distintas formas de división interna. Había sistemas antiguos de organización del texto, pero no existía una numeración uniforme como la que conocemos hoy.

Langton, formado en el ambiente intelectual de la Universidad de París, contribuyó a establecer una división sistemática de los textos bíblicos en capítulos.

Su sistema se difundió progresivamente por los manuscritos latinos y terminó convirtiéndose en el modelo utilizado en las Biblias de todo el mundo.

Conviene hacer una precisión histórica: aunque la atribución a Langton está ampliamente asentada en la tradición historiográfica, la evolución de las divisiones bíblicas fue un proceso gradual y existieron sistemas anteriores. No debemos imaginar que antes de él nadie había dividido las Escrituras en secciones.

Lo verdaderamente importante es que **la división moderna en capítulos que hoy utilizan católicos, protestantes y otras comunidades cristianas procede de una tradición medieval vinculada a un arzobispo católico**.

### ¿Y quién dividió la Biblia en versículos?

Aquí encontramos otro dato interesante.

La división en capítulos no debe confundirse con la numeración de los versículos.

El sistema de versículos que conocemos actualmente se desarrolló varios siglos después.

En el siglo XVI, el impresor francés Robert Estienne, también conocido como Stephanus, desempeñó un papel decisivo en la difusión de la numeración de los versículos.

En 1551 publicó una edición del Nuevo Testamento griego con la numeración de versículos que constituye la base del sistema actual.

La numeración de los versículos del Antiguo Testamento también tiene una historia propia, relacionada con la tradición masorética judía y con posteriores adaptaciones editoriales.

Así pues, la Biblia que tenemos hoy en nuestras manos conserva una estructura cuya formación atravesó siglos de trabajo intelectual, religioso y editorial.

Y uno de sus elementos más cotidianos, los capítulos, debe mucho a un eclesiástico católico del siglo XIII.

## 6. Johannes Gutenberg: la Biblia que revolucionó la historia de la humanidad

SIGLO XV · MAGUNCIA, ALEMANIA

Llegamos a otro momento decisivo: la invención de la imprenta de tipos móviles en Europa.

Hasta mediados del siglo XV, la reproducción de los libros dependía fundamentalmente del trabajo de los copistas. Los manuscritos bíblicos requerían una enorme cantidad de tiempo, preparación y recursos.

Copiar un texto completo era una labor extraordinariamente laboriosa.

La situación cambió con Johannes Gutenberg, orfebre e impresor alemán nacido hacia 1400 en Maguncia.

Gutenberg desarrolló un sistema de impresión basado en tipos metálicos móviles reutilizables, junto con los procedimientos técnicos necesarios para reproducir textos de manera mucho más eficiente que mediante la copia manual.

Su obra más célebre fue la denominada **Biblia de Gutenberg**, también conocida como Biblia de las 42 líneas.

Su impresión se completó probablemente hacia 1455 en Maguncia.

Y aquí encontramos un dato especialmente significativo para la historia católica: **la primera gran Biblia impresa mediante tipos móviles en Europa occidental fue una Biblia latina basada en la Vulgata de san Jerónimo**.

No era una Biblia protestante. La Reforma de Lutero todavía no había comenzado: faltaban más de sesenta años para que se iniciara en 1517.

Gutenberg imprimió el texto bíblico latino que llevaba siglos alimentando la vida religiosa, litúrgica y cultural de la cristiandad occidental.

Se estima que se produjeron alrededor de 180 ejemplares, aunque la cifra exacta no está completamente documentada. Algunos se imprimieron en papel y otros en pergamino.

La Biblioteca del Congreso de Estados Unidos conserva ejemplares de esta obra y ofrece documentación sobre su importancia histórica.

La imprenta permitió multiplicar la disponibilidad de los textos y facilitó enormemente su difusión.

No debemos afirmar que Gutenberg imprimió el primer libro de la historia, ni siquiera el primer libro realizado mediante tipos móviles en el mundo: existían precedentes asiáticos muy anteriores.

Lo que sí hizo fue contribuir decisivamente a introducir y desarrollar la impresión tipográfica de tipos metálicos móviles en Europa occidental.

La Biblia de Gutenberg representa uno de los grandes hitos de la historia de la transmisión de las Sagradas Escrituras.

Y, una vez más, el texto que salió de aquella imprenta pertenecía a la tradición bíblica latina de la Iglesia católica.

## ¿Eran católicos todos estos protagonistas?

Los cuatro nombres que hemos recorrido pertenecen a la historia de la cristiandad occidental

de tradición latina:

- San Dámaso I fue un Papa de la Iglesia.
- San Jerónimo fue un sacerdote y Padre de la Iglesia.
- Stephen Langton fue un arzobispo de Canterbury.
- Johannes Gutenberg desarrolló su actividad en la sociedad cristiana latina de la Europa del siglo XV.

Conviene evitar una simplificación: no disponemos de la misma documentación biográfica sobre la vida religiosa personal de Gutenberg que sobre la de los tres eclesiásticos anteriores. Por tanto, es más riguroso afirmar que su obra nació en el contexto de la cristiandad católica de su tiempo que atribuirle detalles de su espiritualidad personal que no podemos demostrar.

En cualquier caso, el hecho histórico es incuestionable: **la Biblia de Gutenberg fue una edición de la Vulgata latina, la tradición bíblica transmitida durante siglos por la Iglesia occidental**.

## 7. La Iglesia católica no inventó la Biblia: reconoció su canon y la transmitió

Llegados a este punto, es necesario abordar una cuestión teológica fundamental.

Cuando afirmamos que la Biblia es católica, no estamos diciendo que la Iglesia haya inventado las Sagradas Escrituras.

Tampoco estamos afirmando que Moisés, David, Isaías o los evangelistas escribieran bajo la denominación institucional de católicos tal como la entendemos hoy.

Los textos del Antiguo Testamento nacieron en el seno del pueblo de Israel, mucho antes de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

Los escritos del Nuevo Testamento fueron redactados por autores pertenecientes a la primera generación apostólica y a las comunidades cristianas primitivas.

La Iglesia católica es heredera de esa comunidad apostólica y recibió de ella el depósito de la fe.

Por eso debemos distinguir tres realidades:

**Primera: la inspiración divina.**

Dios es el autor principal de las Sagradas Escrituras. El Espíritu Santo inspiró a los autores humanos, que escribieron utilizando sus propias capacidades, conocimientos y estilos.

Así lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica en sus números 105 y 106.

**Segunda: el reconocimiento del canon.**

La Iglesia, mediante la Tradición apostólica, discernió qué escritos debían formar parte de las Sagradas Escrituras.

No todos los escritos religiosos antiguos eran inspirados. Existían evangelios apócrifos, cartas y otros textos que no fueron reconocidos como pertenecientes al canon.

El discernimiento de la Iglesia permitió distinguir los libros auténticamente inspirados de aquellos que no tenían esa condición.

**Tercera: la transmisión y conservación.**

Durante siglos, monasterios, obispos, sacerdotes, estudiosos y copistas cristianos preservaron los manuscritos bíblicos.

En los monasterios medievales, los monjes copiaban cuidadosamente los textos, los estudiaban y los transmitían a las generaciones siguientes.

La Iglesia también incorporó las Escrituras a su liturgia, de modo que generaciones enteras de cristianos escucharon la Palabra de Dios durante la celebración de la Santa Misa y el rezo del Oficio Divino.

La Biblia no fue únicamente un libro que se conservaba en bibliotecas. Fue un libro proclamado, rezado, comentado y vivido.

Esta distinción es fundamental para comprender correctamente la historia.

La Iglesia no es propietaria de la verdad revelada en el sentido de poder modificarla a voluntad. Es su depositaria y servidora.

## 8. La Tradición y la Escritura: dos realidades inseparables

Uno de los errores más extendidos en la comprensión moderna del cristianismo consiste en presentar la Biblia y la Tradición como dos realidades enfrentadas.

Sin embargo, la doctrina católica enseña que ambas están profundamente unidas.

El Concilio Vaticano II, en la constitución dogmática *Dei Verbum*, explica que la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un único depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia.

Esto significa que la fe cristiana no se fundamenta en una interpretación individual y aislada de determinados pasajes bíblicos.

La Palabra de Dios debe comprenderse dentro de la totalidad de la Revelación y de la fe apostólica.

El Catecismo, en sus números 80 y 82, explica esta relación y enseña que la Iglesia no recibe su certeza sobre todas las verdades reveladas únicamente de la Sagrada Escritura.

Pensemos, por ejemplo, en la doctrina de la Santísima Trinidad.

La palabra «Trinidad» no aparece literalmente en la Biblia, pero la verdad que expresa se encuentra revelada en las Sagradas Escrituras y fue formulada doctrinalmente por la Iglesia mediante una reflexión fiel a la Revelación.

Lo mismo sucede con otras cuestiones fundamentales de la doctrina cristiana.

La Iglesia no puede inventar dogmas contrarios a la Revelación, pero sí puede profundizar en la comprensión de las verdades que Dios ha revelado.

Por eso, el católico no debe enfrentarse a la Escritura como si estuviera solo ante un texto sin historia, sin contexto y sin una comunidad de fe que lo haya recibido y transmitido.

Debe leerla como miembro de la Iglesia fundada por Jesucristo.

### ¿Qué dijo Jesucristo sobre la Iglesia y la verdad?

En el Evangelio de san Mateo encontramos unas palabras fundamentales:

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mateo 16,18).

Cristo no anunció la fundación de una religión basada exclusivamente en la interpretación privada de un libro.

Fundó su Iglesia, confió una misión a los Apóstoles y prometió la asistencia del Espíritu Santo.

En san Juan encontramos también esta enseñanza:

«El Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad plena» (Juan 16,13).

Y san Pablo, escribiendo a Timoteo, define a la Iglesia como:

«Columna y fundamento de la verdad» (1 Timoteo 3,15).

Estos pasajes deben comprenderse conjuntamente.

La Iglesia está al servicio de la verdad revelada por Dios. No sustituye a Cristo, no modifica su Evangelio y no tiene autoridad para contradecir la Palabra divina.

Su misión consiste en custodiar, enseñar y transmitir fielmente aquello que ha recibido.

## 9. ¿Por qué tantas Biblias protestantes conservan los textos transmitidos por la Iglesia católica?

Existe una paradoja histórica que merece reflexión.

Muchas comunidades protestantes rechazan aspectos fundamentales de la autoridad doctrinal de la Iglesia católica, pero utilizan los mismos cuatro Evangelios, las mismas cartas apostólicas y buena parte de los mismos textos bíblicos que la Iglesia católica ha transmitido durante siglos.

Esto no significa que todas las Biblias protestantes sean idénticas a las católicas. Ya hemos explicado la diferencia del Antiguo Testamento y los libros deuterocanónicos.

Pero hay una realidad histórica que no puede ignorarse: **el Nuevo Testamento que leen los católicos y los protestantes está formado por los mismos 27 libros reconocidos en el canon cristiano**.

Los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan no pertenecen a una denominación protestante. Tampoco las cartas de san Pablo, los Hechos de los Apóstoles o el Apocalipsis.

Son escritos apostólicos recibidos por la Iglesia desde sus primeros siglos.

Por supuesto, las comunidades protestantes también han contribuido posteriormente a la traducción, impresión, estudio y difusión de la Biblia. Sería injusto negar sus aportaciones.

Pero ninguna de esas contribuciones posteriores cambia el hecho histórico de que el canon cristiano se desarrolló y fue reconocido en el seno de la Iglesia antigua.

Y aquí aparece una pregunta que todo cristiano debería hacerse:

**Si aceptamos los 27 libros del Nuevo Testamento como Palabra inspirada de Dios, ¿por qué debemos ignorar el testimonio histórico de la Iglesia que los recibió, conservó y reconoció como canónicos?**

La cuestión no debe utilizarse como un ataque personal contra los protestantes, sino como una invitación a reflexionar sobre la relación entre la Escritura, la Tradición y la autoridad de la Iglesia.

## 10. La Biblia católica y la vida espiritual del cristiano

Conocer esta historia no debe quedarse en una simple curiosidad histórica.

Para un católico, comprender el origen y la transmisión de la Biblia debería despertar un amor más profundo por las Sagradas Escrituras.

A veces tenemos una Biblia en casa, pero apenas la abrimos. Conocemos algunos versículos, recordamos determinadas parábolas y escuchamos lecturas durante la Santa Misa, pero no siempre dedicamos tiempo a profundizar en la Palabra de Dios.

Esto constituye una oportunidad espiritual desaprovechada.

San Jerónimo, cuya vida estuvo dedicada al estudio de las Escrituras, es un ejemplo extraordinario de cómo el conocimiento bíblico debe convertirse en una verdadera búsqueda

de Dios.

El propio Catecismo, en el número 131, enseña:

«Es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual».

Por eso, todo católico debería procurar incorporar la lectura bíblica a su vida cotidiana.

## Algunas recomendaciones para vivir la Palabra de Dios

**1. Leer la Biblia diariamente.**

No es necesario comenzar leyendo capítulos enteros. Podemos dedicar unos minutos cada día a un pasaje del Evangelio, leerlo con atención y preguntarnos qué nos enseña sobre Dios y nuestra propia vida.

**2. Leer las Escrituras dentro de la fe de la Iglesia.**

Es conveniente utilizar una Biblia católica, con sus 73 libros, y consultar las notas explicativas cuando existan dificultades de interpretación.

También resulta muy provechoso recurrir al Catecismo y a los comentarios de los Padres de la Iglesia.

**3. Dar prioridad a los Evangelios.**

Los cuatro Evangelios ocupan un lugar central en la vida cristiana porque nos presentan la vida, las palabras, las obras, la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Conocer a Cristo exige acudir constantemente a estos testimonios apostólicos.

**4. No separar la lectura bíblica de la oración.**

La Escritura no debe estudiarse únicamente como un documento histórico o literario.

Es Palabra de Dios y, por tanto, debe ser recibida con fe, humildad y disposición para convertir nuestra vida.

**5. Vivir lo que leemos.**

No basta con conocer la Biblia. Es necesario poner en práctica sus enseñanzas.

Nuestro Señor Jesucristo nos recuerda:

«Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lucas 11,28).

La verdadera lectura cristiana debe conducir a la conversión, al crecimiento en las virtudes y a una mayor unión con Dios.

## 11. Una historia que debemos conocer y transmitir

Cuando contemplamos una Biblia, especialmente una edición antigua, estamos ante mucho más que un conjunto de páginas impresas.

Detrás de ella encontramos siglos de historia, innumerables manuscritos, traducciones, estudios, debates teológicos y sacrificios de generaciones de cristianos.

Encontramos a los primeros discípulos que escucharon las enseñanzas de los Apóstoles.

Encontramos a los Padres de la Iglesia que defendieron la fe y profundizaron en las Escrituras.

Encontramos a los obispos que discernieron el canon de los libros sagrados.

Encontramos a san Dámaso, que impulsó la revisión de los textos latinos.

Encontramos a san Jerónimo, que dedicó años de su vida al estudio de las lenguas bíblicas y a la traducción de las Escrituras.

Encontramos a Stephen Langton, cuya aportación a la división moderna en capítulos facilitó enormemente su consulta.

Y encontramos a Gutenberg, cuya imprenta permitió multiplicar los ejemplares de la Biblia latina y abrió una nueva etapa en su difusión.

No fueron los únicos. Detrás de ellos hubo miles de personas anónimas: copistas, monjes, sacerdotes, estudiosos, impresores y cristianos que preservaron y transmitieron la Palabra de Dios.

Su trabajo forma parte de una historia que merece ser recordada.

Y, sin embargo, no debemos perder de vista lo esencial: la grandeza de la Biblia no reside en sus encuadernaciones, en sus traducciones o en la belleza de sus manuscritos.

Su grandeza reside en que es Palabra de Dios.

Como enseña san Pablo:

«Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia» (2 Timoteo 3,16).

## Conclusión: la Biblia no se comprende plenamente separada de la Iglesia que la recibió

Decir que la Biblia es 100 % católica es una afirmación que debe entenderse a la luz de su historia y de su significado teológico.

No significa que los autores del Antiguo Testamento pertenecieran a la Iglesia católica, ni que la Iglesia inventara los textos inspirados.

Significa que **la Biblia cristiana, en su canon, transmisión histórica y recepción eclesial, está inseparablemente vinculada a la Iglesia fundada por Jesucristo**.

Fue la Iglesia apostólica la que recibió los escritos sagrados, los proclamó en sus comunidades y discernió su condición canónica.

Fue la Iglesia latina la que impulsó la gran labor de traducción de san Jerónimo, transmitió la Vulgata y conservó durante siglos innumerables manuscritos.

Fueron hombres de la cristiandad occidental quienes contribuyeron a organizarla, facilitar su consulta y multiplicar sus ejemplares mediante la imprenta.

La historia no puede borrarse ni reinterpretarse para acomodarla a las preferencias religiosas de nuestro tiempo.

Pero tampoco debemos convertirla en un argumento simplista: la Palabra de Dios no pertenece a una imprenta, a un traductor ni a una institución humana como propiedad particular. Su autor es Dios, y la Iglesia la custodia como un tesoro recibido.

Por eso, cuando un católico abre su Biblia, no está simplemente consultando un libro antiguo. Está entrando en contacto con la Palabra divina que la Iglesia ha recibido, conservado y transmitido durante generaciones.

Quizá la próxima vez que alguien sostenga que la Biblia y la Iglesia católica son realidades independientes, convenga recordar algunos nombres: Dámaso, Jerónimo, Langton y Gutenberg.

Y recordar también estas palabras de san Pablo:

«Así que la fe viene de la audición, y la audición, por la palabra de Cristo» (Romanos 10,17).

**La Biblia no nació de una ruptura con la Iglesia. La Iglesia nació de Cristo, recibió su Palabra y la ha transmitido a través de los siglos.**

Y esa historia, para cualquier católico, debería ser motivo de gratitud, conocimiento y fidelidad.

## Fuentes y referencias para profundizar


- **Catecismo de la Iglesia Católica:** números 74-83 (transmisión de la Revelación), 101-141 (Sagrada Escritura, inspiración, interpretación y canon).
- **Concilio Vaticano II:** constitución dogmática *Dei Verbum*, especialmente capítulos II, III, V y VI.
- **Concilio de Trento:** sesión IV, 8 de abril de 1546, sobre el canon de las Sagradas Escrituras y la edición de la Vulgata.
- **San Jerónimo:** prólogos bíblicos y cartas relativas a su trabajo de revisión y traducción.
- **Papa Francisco:** carta apostólica *Scripturae Sacrae Affectus* (30 de septiembre de 2020), sobre san Jerónimo.
- **Biblioteca del Congreso de Estados Unidos:** documentación histórica sobre la Biblia de Gutenberg.
- **Stephen Langton:** estudios históricos sobre la formación de la división moderna de la Biblia en capítulos.